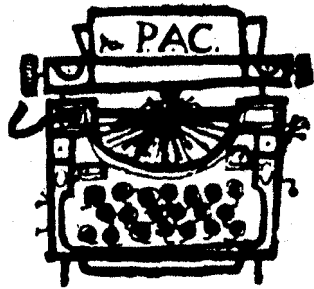


escrito a máquina

El nivel gallo-pinto



EL ESCLAVO BUENO

Trajo siete esclavos
rio de San Juan.
Uno se ha caído
ya se lo ha comido
Tiburón del mar - Tiburón del mar.

Por el muelle entraron
al mercado van.
Ahi el vendedor
con voz de tenor
gritando asi está - gritando asi está:

"¡Barato el esclavo
y no come pan!"
... Cara de moronga
negrito rezonga:
"¡Porque no mi dan - porque no mi dan!"

P.A.C. (1929)

En una reunión en la que prevalecían elementos que en el argot social se llaman "distinguidos", se discutía, con bastante calor, el tema de las ayudas internacionales. Un grupo atacaba a fondo los abusos cometidos. Otro grupo hacía la defensa. Me pareció que las opiniones de los defensores resultaban —sin proponérmelo— un verdadero "test" sociológico sobre la mentalidad y el criterio de los sectores que hoy dominan en Nicaragua y mantienen las estructuras que nos rigen.

¿Qué decían ellos?

—Que el pueblo no está capacitado (o educado) para recibir indiscriminadamente todas las cosas que enviaron las naciones amigas. Si, por ejemplo, alguien criticaba que de miles de latas de jamón y carnes sólo unas pocas habían llegado al pueblo, la contestación era: —"¿Pero cómo se les van a dar latas de jamón si no saben abrirlas, ni conservarlas, ni comerlas?"— Si se hacía igual crítica respecto a jugos en lata, embutidos o comidas envasadas al vacío, la respuesta era la misma— "No saben usarlas. Lo que hacen es venderlas". Alguien habló de las miles de botellas de vino que obsequió España y del buen servicio que hubieran prestado a los damnificados en los siniestros primeros días de aguaceros. Se respondió: "¿Cómo se va a repartir vino? ¡Hubiera sido una borrachera y un desorden! Se resolvió mejor venderlo e invertir ese dinero en arroz y frijoles, que es lo que le gusta a la gente". —Otros expusieron quejas sobre la repartición de la ropa.— "Venía mucha ropa que no es para ellos"—contestaron.— "Había que seleccionarla, si no la desperdician". —Y las casas de campaña?— "No las saben usar ni habían suficientes para todos. Sólo se les podían entregar a ciertos grupos o personas más organizadas. Por eso, muchas de esas cosas se le dieron a la Guardia.

Y luego escuché otras muchas opiniones convergentes:

—La mayor parte de esa gente (los damnificados) no tienen criterio apreciativo. ¿No se publicó varias veces que rechazaban los alimentos farináceos o de cereales que aquí no se consumen porque no tenían o no sabían cómo cocinarlos?.

—Están acostumbrados a vivir sin confort ninguno.

—Si se les da una casa buena, higiénica y ordenada, la ensucian y la destrozan.

—Una cosa es de largo y otra de cerca. Nuestro pueblo no está preparado para muchas cosas que a nosotros nos parecen obvias. Las ayudas venían de pueblos desarrollados y de otras culturas y tuvieron que ser cernidas y adaptadas a nuestras condiciones.

—Etcétera....

En resumen: el nivel culinario y cultural de nuestro pueblo es el gallo pinto. Toda ayuda arriba de ese nivel se daba por descontado que era un desperdicio o un factor de desorden repartirla al pueblo.

Yo pensé: no se les ocurre una cosa sencilla, sencilla como el pueblo: démosle esta cosa fina o agradable al pueblo y expliquémosle su valor para que sepa apreciarla, de la misma manera que yo he aprendido a apreciar muchas cosas finas porque me las han dado.

No se les ocurre pensar: aprovechemos estos jamones, estas carnes, estos alimentos que

nos regalan y hagamos una gran campaña radial y cantonal (que para algo sirvan los cantones) y ocupemos incluso los púlpitos (porque la Iglesia está a la orden), explicándole al pueblo sus valores nutritivos y su forma de comerlos, para que el pueblo aprenda a comer carne (¿es que ya no sabe?) y otras cosas provechosas y se alimente mejor y así obtengamos un doble beneficio popular con este obsequio.

Y pensé también: —Esta idea del "nivel gallo-pinto" es la misma de los directores de la opinión pública (gobiernos, radios, publicaciones y televisiones). Ellos dicen: al pueblo hay que darle lo bajo porque eso es lo que pega (y lo que paga). Pero olvidan que hubo un tiempo en que era el pueblo quien aplaudía y consagraba a un Shakespeare, a un Lope o a un Calderón. Y si al pueblo se le da lo bueno, lo capta y le gusta y va educando su gusto. Pero si se le da lo malo, se le estraga el gusto, se le rebaja, se le entorpece y por último se le forma una mentalidad delincuente.

Y pensé también: esta idea del "nivel gallo-pinto" es la que impulsa al político a despreciar la opinión y la participación del pueblo en el gobierno y administración de la cosa pública, que se va convirtiendo así en cosa privada. Es lo que hizo escribir a Rosier: "En la realidad, los pobres cuentan poco o nada cuando se deben tomar decisiones respecto a la vida oficial del país. Esto significa un fenómeno muy notable en un país democrático. Señalo el hecho notable, casi una contradicción, de que la mayoría de la población sea marginal".

La autoridad olvida que una de sus obligaciones es el magisterio. Que debe concientizar al pueblo para que participe en la cosa pública, organizarlo y educarlo para que funcione la democracia en todos sus niveles. Interesarlo en sus comunidades para que las ame y las conserve y las desarrolle. LA LEY SE PROMULGA CON EL EJEMPLO. Si soy autoridad republicana tengo que sembrar republicanismo con mis actos.

Ese espíritu lo tuvieron los próceres norteamericanos y educaron a un pueblo difícil, heterogéneo y violento hasta enraizar en él la democracia y la conciencia cívica. Gracias a esa siembra, en un momento de honda crisis como ahora con el escándalo de Watergate, hemos podido ver el espectáculo reconfortante de un Poder Legislativo enfrentándose al Poder Ejecutivo y de una Corte de Justicia inflexible en su independencia, para seguir un proceso de purificación de lo podrido.

Esas reservas morales y cívicas se tienen como resultado de una educación venida de arriba. De la Autoridad. No hablamos de la educación que se da en las escuelas o en las cátedras de enseñanza, sino en las sillas de los jueces, en los asientos de los despachos de los ministros y de los militares, en las curules de los diputados, y en el sillón presidencial.

Educación que implica fe en el pueblo. Concientización que implica amor al pueblo. Fe y amor que en Nicaragua producirían una revolución portentosa —de desarrollo en todos los órdenes— si no prevaleciera esa egoísta mentalidad marginadora del gallo-pinto.

PABLO ANTONIO CUADRA